

A + M

Bahía Blanca, 22 de diciembre, 2020

**«TODOS USTEDES SON HERMANOS»**

(Mateo 23, 8)

**Carta al Pueblo de Dios que peregrina en la Arquidiócesis de Bahía Blanca**

Muy queridos hermanos y hermanas, *colaboradores de Dios en el anuncio de la Buena Noticia de Cristo* (cf. 1ª Tesalonicenses 3, 2):

Preparando nuestros corazones para la Navidad y antes de concluir este año tan especial que el Señor nos ha regalado desde su misteriosa Providencia, quería reflexionar sobre un aspecto central de nuestra común vocación: somos hermanos.

La encíclica del Papa Francisco *Fratelli tutti* (sobre la fraternidad y la amistad social) y su más reciente carta apostólica *Patris corde*<sup>1</sup> (sobre San José, patrono de la Iglesia universal) preceden e iluminan de un modo también providencial estas páginas que les presento. Dios permita que el Tiempo litúrgico de Navidad y de posible descanso -para quienes puedan tenerlo- sirva para rumiar estos textos papales y el presente mensaje que -desde otra perspectiva- pretende simplemente hacerse eco del magisterio que el Sucesor de Pedro nos regaló cuando más lo necesitábamos.

Después de cinco años en esta bendita arquidiócesis -*lote hermoso y encantadora heredad* (cf. Salmo 15, 6)- me animo a escribirles, para compartir reflexiones que surgen de la propia experiencia e historia personal que han ido tejiendo mi vocación de fraile ¡hermano! *Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio* (Romanos 8, 28 s.), por ello deseo prolongar en sus corazones, algunas cosas que anidan en el mío.

**Un hermano entre hermanos**

He nacido como el 8º hijo de una familia de 14 hermanos (13 varones y una mujer), lo que parecería haber sido como un *Introito* - introducción a la vida comunitaria propia de un convento, siendo y viviendo con / entre hermanos... Esto se prolonga de un modo nuevo en el servicio a la Arquidiócesis de Bahía Blanca ¡donde el Señor me va regalando muchos hermanos y hermanas con los que me encuentro día a día!

Desde los seis años y hasta los dieciocho (Primaria y Secundaria) fui alumno de un Colegio de los Hermanos Maristas en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. ¡Cuánto he aprendido de ellos! Puedo decirles que he conocido Hermanos a través de los cuales he podido descubrir el significado de la entrega, la sencillez, el amor a Jesús y a María... En definitiva ¡la consagración religiosa y la santidad! Además de su presencia en el aula, guardo en la memoria otras imágenes de su vida fraterna en comunidad: compartiendo con nosotros el deporte, los juegos y el recreo; su silencio

---

<sup>1</sup> Con motivo del 150º aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia universal (8 de diciembre de 2020).

aplicado al estudio en la sala donde preparaban sus clases; el rezo del rosario, por las tardes, caminando todos juntos en una larga fila horizontal en el enorme patio del Colegio -ya vacío de alumnos y de gritos- al final de cada jornada escolar. ¡He vuelto a encontrarlos por puro designio de Dios en Darregueira, extremo oeste de nuestra diócesis, sirviendo siempre a la Iglesia con generosa entrega!

Como quien se anima –a esta altura de la vida- a confiar ciertos secretos del alma, confieso haber experimentado por primera vez alguna inquietud vocacional en aquellos días, cuando con apenas diez años, le confiaba a mi madre el deseo de ser ¡«Hermano»! (con mayúsculas). En aquellos tiempos, me regalaron la vida de “Fray Escoba - San Martín de Porres”. Este hermano, fraile dominico, también marcó el sueño de servir al Señor. La Providencia quiso que el Convento del noviciado (Mar del Plata) tuviera como titular al santo limeño. Allí ingresé a la Orden de Predicadores, en febrero de 1980. Durante aquel año, en muchas ocasiones –otra perla de la Providencia- nos solía visitar el querido Mons. Rómulo García (entonces Obispo de Mar del Plata), quien también presidió la Misa de mi primera profesión religiosa el 28 de febrero de febrero de 1981.

Muchos años después, nuevamente destinado a esa comunidad marplatense, el Papa Francisco quiso enviarme a esta querida arquidiócesis. La noticia, lo recuerdan quizás, fue anunciada –como un signo de la gracia de Dios- el 3 de noviembre de 2015, fiesta de este fraile santo “hermano cooperador” de la Orden de Predicadores.

Fui consagrado como arzobispo coadjutor el 22 de diciembre de 2015, aniversario de la confirmación de la Orden de Predicadores (Dominicos) por el Papa Honorio III<sup>2</sup>. ¡Cuántos motivos de alegría!: acababa de iniciarse el Jubileo por los 800 años de dicho acontecimiento<sup>3</sup>; también el Año Santo Extraordinario de la Misericordia<sup>4</sup> y –otro motivo de gozo- la Iglesia vivía el Año de la Vida Consagrada<sup>5</sup>. Sí: ¡*Alégrese siempre en el Señor! Gaudete in Domino semper!* (Filipenses 4, 4).

Permítanme recordar para ustedes una página muy significativa de la historia de Santo Domingo de Guzmán. En marzo de 1206, se encuentran en Montpellier -sur de Francia- los delegados convocados por Inocencio III para predicar en aquellas tierras ante el avance de la “herejía albigense” o “cátara” (con ciertas raíces maniqueas). Reunidos dichos emisarios papales con otros preladados y obispos de la región, recibieron a Diego de Acebes, Obispo de Osma (España) acompañado por Domingo de Guzmán, entonces subprior del Cabildo catedralicio de Osma. Ambos viajaban hacia el norte europeo, para cumplir una delicada misión diplomática. Conociendo la fama del Obispo castellano, los enviados papales discutieron con él acerca del mejor modo como enfrentar la herejía. Ante los alardes de ostentación externa de la delegación pontificia, Diego les propuso la forma de predicación apostólica, en pobreza evangélica, con austeridad de medios y acentuando la fuerza del ejemplo. Diego y Domingo comenzaron a practicar ese modo de vida renunciando a cualquier signo de poder externo. *A partir de este momento* –nos relata el Beato Jordán de Sajonia- *Domingo comenzó a llamarse fray Domingo (frater - hermano) y no subprior*<sup>6</sup>.

A partir de 1220, la Orden a la que pertenezco, ha querido siempre discernir el sentido de su vida fraterna y misión, en nuevos contextos culturales, históricos y geográficos, en un mundo en constante

---

<sup>2</sup> Honorio III, Bula *Religiosam Vitam*, 22 de diciembre de 1216.

<sup>3</sup> Iniciado el 7 de noviembre de 2015 (Fiesta de todos los santos y santas de la Orden) y concluido el 21 de enero de 2017. [800° de la Bula *Gratiarum omnium largitori* de Honorio III (21 de enero de 1217) en la cual por primera vez que se llamó la Orden con el nombre «de Predicadores»].

<sup>4</sup> Iniciado el 8 de diciembre de 2015 y concluido el 20 de noviembre de 2016.

<sup>5</sup> Iniciado el I Domingo de Adviento (30 de noviembre) de 2014 y concluido el 2 de febrero de 2016.

<sup>6</sup> Cf. B. Jordanus, *Libellus de principiis Ordinis Prædicatorum* n. 21 [Ed. H. C. Scheeben, *MOPH* (1925) t. 16].

cambio abrazando el principio jurídico *Quod omnes tangit, ab omnibus tractari debet* (lo que a todos concierne, por todos ha de ser tratado). A lo largo de ocho siglos de historia los Capítulos Generales han querido tomar siempre el pulso a la realidad, a la vida y misión de la Orden en la Iglesia, contemplando los desafíos que los hermanos y hermanas han de asumir, en las tan diversas circunstancias de tiempo y espacio, sintiendo con la Iglesia y desde el corazón de la misma. Los frailes reunidos en el Capítulo General de 1256 (París), ante la tentación de sumar títulos o cargos al nombre de algunos hermanos, ordenaban: *Que nuestros frailes sean llamados frailes predicadores y no con otros nombres*<sup>7</sup>.

En 1510, apenas iniciada la evangelización de América, se estableció la primera comunidad de frailes predicadores en el “nuevo mundo”. Se trataba de la Isla *Quisipeya* llamada después *La Hispaniola* (Española); isla que hoy comparten la República Dominicana y Haití. No hace falta que destaque la importancia de esa fundación para toda la Iglesia latinoamericana. A partir de esta presencia también los frailes teólogos de Salamanca (España) debieron reflexionar seriamente sobre los numerosos desafíos que el anuncio del Evangelio presentaba en nuestro continente a través de sus hermanos misioneros. En efecto, éstos últimos señalaban y denunciaban, entre otras cosas, la esclavitud y malos tratos a los que eran sometidos muchos de los pueblos originarios de la isla ¡de parte de quienes ponían en duda la misma condición humana de los mismos! Célebre ha sido aquella pregunta que Fray Antonio de Montesinos dirigió con fuerza inusitada a las principales autoridades de la Española un 21 de diciembre de 1511: *¿Acaso éstos no son hombres?*<sup>8</sup>. Los profesores –desde los centros de estudio- aportaban elementos de discernimiento para la pastoral de los misioneros. ¡Todos eran hermanos, unos y otros sin distinción! ¡Esa fraternidad abrazaba al mismo tiempo a aquellos que sufrían opresión y violencia! ¡a los discípulos o alumnos de los frailes profesores salmantinos! ¡a los que predicaban el Evangelio en nuestro continente americano, a los responsables de la legislación que –desde España- fue cambiando teniendo en cuenta la dignidad, tantas veces conculcada, de los habitantes originarios de estas tierras!

Paradójicamente hoy, más de 500 años después, cuando la ciencia ha dado pasos gigantescos en biología, genética, embriología y medicina; filosofía, psicología y sociología... ¡Debemos volver a formular esa pregunta ante toda vida amenazada!: *¿Acaso éstos no son seres humanos? ¿Niños a quienes se les impide nacer, pobres a quienes se les hace difícil vivir, hombres y mujeres víctimas de violencia inhumana, ancianos y enfermos muertos a causa de la indiferencia o de una presunta piedad!*<sup>9</sup>

Cuando consideramos los ideales de la Revolución Francesa (1789) que tanto influyeron en las gestas independentistas de las naciones americanas, recordamos también su grito o lema: “LIBERTAD,

---

<sup>7</sup> *Quod fratres nostri vocentur fratres predicatores. et non aliis nominibus*; Cf. *Acta Capitulum Generalium 1256*, Ed. B. M. Reichert, vol. I (Romae 1898) 81.

<sup>8</sup> Fray Antonio de Montesinos OP, sermón del 21 de diciembre de 1511, IV Domingo de Adviento : *"Voz del que clama en el desierto. Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine y conozcan a su Dios y creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis, esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad, de sueño tan letárgico, dormidos?"*. Este sermón no cayó en saco roto. Marcó el comienzo del reconocimiento de la dignidad de los pueblos originarios y del respeto a la diversidad cultural y religiosa en América. Tres años después, Bartolomé de Las Casas renunciaba a su función de encomendero, se convertía en el defensor de los derechos de los indios y en el promotor de su dignidad.

<sup>9</sup> Cf. San Juan Pablo II, *Oración por la vida*, Solemnidad de la Anunciación del Señor, 25 de marzo de 1995

IGUALDAD, FRATERNIDAD”. No podemos menos que admitir, a pesar de su contexto fuertemente anti-ecclesial – anti clerical, que esas palabras e ideales –como muchas veces insistía San Juan Pablo II– son expresiones de alto valor, incluso de particular acento cristiano. Esto es cabalmente así y muy lógico porque toda Europa nutrió y conformó su cultura desde la fe apostólica. Los gestores de la Revolución Francesa, aunque quisieran combatir muchas veces a la Iglesia, no podían evitar ser deudores de ese espíritu<sup>10</sup>. Hoy se repiten esquemas más o menos análogos en muchas acciones y reacciones... de tantos y tan diversos colores ideológicos...

Dios Uno y Trino (modelo de «familia» y «comunidad») y su ser se manifiesta de modo diverso – participado- en la creación, sin que por ello se confunda o “disuelva” dicho Ser en el existir de las criaturas. Dios se manifiesta en la creación, en la historia de la salvación ¡en la economía de la gracia!... de modos diversos y semejantes, ¡análogos!

### **¡Todos somos hermanos y hermanas!**

Leemos en la Carta a los Hebreos: *Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los Profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora, en este tiempo final, Dios nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo* (1, 1-2). Es el Hijo quien nos revela al Padre y quien nos enseña a llamarlo así, cariñosamente, *Abba*, como él mismo lo llama. Es el Hijo quien nos recuerda: *todos ustedes son hermanos* (Mateo 23, 8).

Siendo un hermano entre hermanos, desearía ofrecerles esta carta - meditación, como quien, simplemente, piensa en voz alta. Los invito –ante el Niño del pesebre- a descubrir juntos *la anchura y la longitud, la altura y la profundidad* (Efesios 3, 18) de la fraternidad que el Señor Jesús nos regala. No pretendo presentar una exposición sistemática acerca de la “fraternidad” o “sororidad”<sup>11</sup>. ¡Menos aun teniendo en nuestras manos textos bellísimos como los ya citados: *Fratelli tutti* y *Patris corde!*

¿Entonces? Reflexionando sobre algunos aspectos de nuestra vida, social y eclesial, sí quisiera preguntarme con ustedes ¿qué significa ser «hermano» o «hermana» hoy? Lo haré a través de un “ícono bíblico” que nos ayude a rezar, meditar, reflexionar y responder a esa cuestión. La celebración de la Navidad resulta una renovada invitación a descubrirlo juntos. La Palabra de Dios nos permite hacerlo de la mano de un “hermano” muy especial; me refiero a José, el hijo de Jacob... **el «soñador».**

---

<sup>10</sup> Cf. Juan Pablo II, *Discurso en el aeropuerto de Tarbes* (Francia) 14 de agosto de 2004; *Discurso a un grupo de obispos franceses* (en visita *ad limina*) 12 de abril de 1997 y muchos otros textos semejantes.

<sup>11</sup> Del latín medieval *sororitas*, *-atis* ‘congregación de monjas’, y este deriva del latín *soror*, *-ōris* ‘hermana carnal’. Diccionario de la R.A.E. (21 de diciembre 2018).

## **JOSÉ** **«EL SOÑADOR»**

Su historia se presenta, efectivamente, apoyada en la de su padre Jacob. Su muerte es el epílogo de la historia patriarcal y a la vez prólogo de la gran epopeya del Éxodo. No se incluye su nombre cuando Dios se revela o cuando se habla de Dios con la fórmula “*el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*”. En la vida de José no hay intervenciones espectaculares de parte de Dios; José no habla familiarmente con Dios como lo habían hecho sus antepasados (Abraham, Isaac y Jacob); tampoco recibe una nueva revelación o una confirmación de la promesa divina. Sin embargo, Dios está presente en cada acontecimiento de su vida. En la vida de José, Dios incluso se vale de los pecados de los hombres para el bien de este “hermano” nuestro. Más aún, a través de la vida de José, Dios prepara secretamente el nacimiento de su pueblo elegido, un pueblo de hermanos, un pueblo que Él conducirá a la libertad. ¿Acaso la fraternidad y la libertad no son también características fundamentales de nuestra vocación?

Lo sabemos y experimentamos cada día: el pecado nos separa y nos enfrenta a Dios; nos separa y enfrenta a los hermanos; nos separa y enfrenta a todo lo creado<sup>12</sup>. Como si fuese una fotografía del momento, en tantas realidades en las cuales nos hacemos presentes, esa herida o separación llega a niveles increíbles debido a la ignorancia -ceguera- humana, a través de la revancha, el resentimiento, el rencor<sup>13</sup>.

Con la historia de los patriarcas poco a poco se comienzan a “reanudar” aquellas tres “separaciones -enfrentamientos”, a restañar dichas heridas. Con la fe obediente de Abraham se reanuda la relación con Dios. Jacob termina reconciliándose con su hermano Esaú. José, viviendo en forma muy sencilla y cotidiana la presencia de Dios, se reconcilia con sus hermanos y sabe relacionarse generosamente con los bienes de la creación de forma justa, equitativa, sabia. En efecto, José es un hombre honesto, leal, incorruptible, capaz de perdonar, trata con justicia los asuntos sociales y políticos a través de una distribución equitativa de los bienes y dando de comer a todos.

### **I. LOS SUEÑOS DE JOSÉ** **(Nuestros propios sueños)**

José es llamado «el soñador» aunque ciertamente con un tono despectivo. Sus hermanos parecen odiarlo, intentan ignorarlo, ni siquiera lo saludan. En efecto, José soñaba y contaba a ellos sus sueños, pero éstos no los entendían y se burlaban de él rechazándolo.

Antes del comienzo de la “pandemia” y de las consecuentes medidas de aislamiento, distanciamiento, etc. (a partir del 20 de marzo pasado) les envié la carta «SOÑANDO JUNTOS»<sup>14</sup>. En ella hacía referencia al célebre discurso – sermón de Martin Luther King del 28 de agosto de 1963 y al saludo del Papa Francisco a los jóvenes en La Habana (Cuba) el 20 de septiembre de 2015. En este sentido, con la palabra “sueños” quiero referirme a nuestras ilusiones, expectativas... ¡nuestras esperanzas! La vida cotidiana nos invita de a poco a no prestar demasiada atención a los sueños ¡suelen engañarnos como espejismos!, ¡son vanos y fugaces! Sin embargo –aún compartiendo ese principio- el libro del Eclesiástico deja constancia de una salvedad: *a no ser que los envíe el Altísimo*

---

<sup>12</sup> Bien podemos leer desde esta perspectiva las tres Cartas Encíclicas del Papa Francisco: *Lumen fidei* (29 de junio de 2013), *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), *Laudato si* (24 de Mayo de 2015).

<sup>13</sup> Cf. Génesis 4, 23-24: El presuntuoso canto de Lamec como ejemplo de toda escalada de violencia asesina.

<sup>14</sup> *Soñando juntos - Compartiendo algunas líneas pastorales arquidiócesanas tras los encuentros pastorales zonales 2018 y el Encuentro Pastoral Arquidiócesano 2019* (20 de febrero 2020).

en una visita (cf. 34, 1-7). En efecto, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, los sueños eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad<sup>15</sup>.

Todos vamos caminando por la vida con el alma preñada de sueños. Tiempo después, algunas preguntas no se hacen esperar: ¿Qué hemos hecho con aquellos sueños? ¿A dónde fueron a parar? ¿Por qué hemos renunciado tan fácilmente a ellos?

Volvamos al libro del Génesis. Los hermanos de José no comprendían sus sueños y le tenían envidia... era el preferido de su padre. Para ellos, los sueños de José eran más bien pesadillas. Como nos pasa a veces en nuestras comunidades (parroquias, grupos, movimientos, etc.), quizás los interpretamos solamente en clave de “competitividad”. Suele pasar eso cuando vivimos la relación fraterna sola y únicamente en clave de “promoción” o “punición” (y así leemos cada cambio, cada misión que se nos encomienda, cada destino pastoral, cada tarea o servicio, etc.). Desde esa perspectiva parecemos preocupados por saber siempre “quién será el más grande” ¡tal como les pasaba a los apóstoles de Jesús! (cf. Lucas 9, 46).

Aunque José sea el preferido de su padre Jacob, tampoco llega éste a comprenderlo del todo. Jacob simplemente *reflexionaba sobre todas estas cosas* (como María –la madre de Jesús- cuando los pastores la visitaron después del nacimiento de su hijo; o cuando junto a su esposo José –también un hombre de sueños y pesadillas - encontraron a Jesús en el templo entre los doctores de la Ley).

Nuestras reuniones de todo tipo (pastorales, de planificación o evaluación, etc.), ofrecen siempre una ocasión para cuestionarnos y para buscar, juntos, respuestas. Ya desde el inicio de la historia de la salvación –después del pecado original y después del primer fratricidio- Dios hace dos preguntas a Adán y Caín respectivamente. Todos y cada uno de nosotros ¡como pueblo santo de Dios! deberíamos responderlas en este tiempo que nos toca vivir: ¿*Dónde estás?* (Génesis 3, 9); ¿*Dónde está tu hermano?* (Génesis 4, 9).

Nos disponemos a celebrar la Navidad y -con esta solemnidad- un tiempo litúrgico rico en la Esperanza. Con la posibilidad –al menos por el momento- de circular sin tantos límites ni controles en cada uno de nosotros resonará algo así como un “mandato” (semejante al que Jacob dio a su hijo preferido): *Ve a ver cómo les va a tus hermanos y al rebaño y tráeme noticias* (Génesis 37, 14). José –como tantos soñadores - *daba vueltas por el campo* ¿desorientado, buscando? En efecto, todo lo ocurrido en estos meses nos ha desorientado. Deseamos y buscamos “volver a la normalidad” (una normalidad de bolsillo, controlada, medida, acomodada). En el relato del Génesis alguien parece volver a José a la realidad preguntándole: ¿*Qué estás buscando?* José respondió: *Busco a mis hermanos. ¿Puedes decirme dónde están...?* (37, 15-16). Sin pretender forzar los textos creo que ambas preguntas también ofrecen un marco para comprender más profundamente la vida y vocación del “soñador” (vida y vocación que él mismo descubrirá con mayor claridad, profundidad y realismo, años después). Repito, son las preguntas que nos estamos haciendo hoy y que al concluir un año y comenzar otro, debemos hacernos para –claro- buscar una respuesta adecuada.

Sus hermanos –continúa el relato- lo divisaron de lejos y dicen: *Ahí viene el soñador...* y luego *¡Veremos entonces en qué terminan sus sueños!* (Génesis 37, 19. 20).

La vida de nuestras comunidades ofrece a cada uno la posibilidad de contar los propios sueños a los demás, porque –justamente- “los demás”, “los otros” ¡son “nuestros hermanos y hermanas”! ¿Los hacemos partícipes de nuestros sueños? Si no es así: ¿Qué es lo que nos impide hacerlo?

---

<sup>15</sup> Cf. Papa Francisco, *Carta Apostólica Patris corde* (8 de diciembre de 2020) 3; cf. Génesis 20,3; 28,12; 31,11.24; 40,8; 41,1-32; Números 12,6; 1º Samuel 3,3-10; Daniel 2; 4; Job 33,15.

Aún desde la estabilidad de los cargos y cargas, de la vida de familia o laboral, de nuestros diversos trabajos y ministerios: ¡somos itinerantes y peregrinos! ¡también mendicantes de la verdad! El itinerante, el peregrino (según el modelo de la vida de los apóstoles y discípulos de Jesús) se sabe «enviado» y por ello sabe a dónde va, confía en quien lo ha enviado y ama el lugar adonde es enviado según las palabras que, de alguna manera, siempre se repiten en toda misión que el Señor encomienda: *Ve, Yo te mando / no tengas miedo / yo estoy contigo.*

Cuando nos unimos a una comunidad o pastoral; grupo parroquial o misionero; movimiento o diversas comunidades de oración, servicio, etc. y “no podemos” o “no queremos” contar nuestros sueños a nuestros hermanos y hermanas, tendemos a convertirnos quizás en “vagabundos” (desorientados y sin rumbo); “fugitivos” (sin saber a dónde ir, buscando quizás fuera alguien que nos escuche); “extranjeros” o “forasteros”, simples “huéspedes” en la propia casa o comunidad... (perdemos las referencias y no sabemos cómo comportarnos).

José sufre porque ha sido rechazado por sus hermanos y si bien no entiende lo que le sucede y por qué le sucede, paulatinamente comprenderá que Dios no lo ha abandonado. «El soñador», efectivamente, es guiado misteriosamente por la Providencia.

José es pastor como sus hermanos. Todos nosotros hermanos y hermanas- de manera análoga tenemos la misma «vocación» desde la consagración Bautismal y la Confirmación –fundamento del sacerdocio común de los fieles- y desde el Sacramento del Orden para quienes han sido consagrados para ese ministerio. Cuando todos hacemos “las mismas cosas”, “lo de siempre”, no nos gusta a veces que alguien sea diferente, distinto. Este es un enorme desafío. Vivimos tiempos en los cuales pareciera que cierto “narcisismo individualista” también adquiere “máscaras gregarias”. Se forman grupos cerrados, bandas, maras, *gangs* o *fans*, hinchadas deportivas (barras bravas, *tifosi ultrà*, *hooligans*, etc.) que incluso repiten escrupulosamente hábitos y conductas creando nuevos mitos o ritos de iniciación. No aceptan diferencias sino para identificarse a sí mismos y para combatir de diversos modos a quienes “no son de los nuestros” ¡Como también le sucedía al joven, impetuoso y algo intolerante apóstol Juan o a su hermano Santiago! (cf. Lucas 9, 49 y 9, 54).

En la vida de las comunidades cristianas, lamentablemente, también suelen aparecer este tipo de actitudes a través de frases como «aquí siempre se ha hecho así»; «sí no le/s gusta que se vaya/n». Es curioso y hasta paradójico, porque en tiempos de escasez o fragilidad vocacional, mientras pedimos que el Señor nos envíe santas y numerosas vocaciones, miramos con microscopio a cada uno (no me refiero ciertamente al necesario discernimiento vocacional) y llegamos a pensar incluso que quizás seríamos más felices si “ellos” o “ellas” no hubiesen llegado a casa, a nuestra comunidad, con su equipaje lleno de preguntas, sueños, ilusiones y modos de “ser hermano / hermana”.

## **II. LOS SUEÑOS DE LOS DEMÁS (Los sueños de nuestros hermanos)**

Conocemos la historia de José y sus hermanos. Ellos lo atacan, lo venden a los mercaderes... No obstante: *El Señor estaba con él.* Esta es una frase que en la vida de José se va repitiendo como una antifona responsorial, o respuesta a una letanía.

José finalmente es vendido a un funcionario del Faraón –Putifar- quien, aprecia rápidamente las cualidades de José y lo nombra mayordomo poniéndolo al frente de su casa y confiándole la administración de todos sus bienes...

¡Ay de los soñadores que son nombrados administradores! Sin embargo, en esta historia... este paso ayuda a nuestro hermano José para que –de alguna manera- aprenda a aterrizar sus sueños (fíjense que no digo “a dejar de soñar”, sino más bien “a aterrizar sus sueños” ¡a hacerlos realidad! ¡a

encarnarlos!). A medida que pasan los años, las diversas tareas encomendadas en nuestras más diversas comunidades, parroquias e instituciones nos ayudan a ir encarnando nuestros sueños. Toda reunión eclesial (de las más variadas) debiera servir para volver a la pregunta ya hecha: ¿Qué hemos hecho de los sueños que trajimos a nuestras comunidades? ¿Qué hemos hecho del amor inicial? (cf. Apocalipsis 2, 4).

Pero, una vez más, la honradez de José no es recompensada y de nuevo se ve envuelto en la mentira. Conocemos lo que le pasa con la mujer de Putifar. No me referiré a las tentaciones que surgen cuando a veces los sueños, el amor inicial, se entibian ante la sucesión de los días, los trabajos, las tareas que nos ocupan ¡la cotidianeidad de lo cotidiano! Simplemente quisiera detenerme en dos aspectos que tocan de cerca el significado actual de nuestra fraternidad y sororidad.

Me impresionó siempre mucho, visitando muy variadas comunidades, el –demasiado fácil– recurso a la denuncia y la acusación, sobre todo cuando se juzgan las personas y sus intenciones. Hoy esto se multiplica a través de redes sociales multiplicando en el espacio virtual cosas que no podemos decirnos presencialmente. Lo usamos muchas veces para justificarnos, para tomar distancia de los problemas reales o de lo que realmente está pasando. Lo usamos para tomar distancia de lo que le pasa a un hermano ¡de lo que nos está pasando! (no somos ajenos al típico mecanismo de proyectar sobre los demás nuestras cuitas).

Entonces vienen a mi mente las palabras con las cuales el libro del Apocalipsis describe la tarea del Diablo: *el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante Dios día y noche* (12, 10). Al contrario, la Primera Carta de San Juan, nos consuela y alienta siempre cuando constatamos que, *si alguno peca, tenemos un defensor ante el Padre: Jesucristo el Justo* (2, 1). ¿Cuál es nuestro “papel” cuando nos referimos a nuestros hermanos: somos sus acusadores o defensores? ¡Pocas veces nos acusamos a nosotros mismos o apelamos a la verdadera y siempre fecunda corrección fraterna!

José fue a parar a la cárcel... *Pero el Señor estaba con él y le mostró su bondad*. En efecto, hizo que se ganara la simpatía del jefe de los carceleros y éste confió a José todos los prisioneros que había en la cárcel. A partir de entonces él dirigía todo lo que allí se hacía. El jefe de los carceleros no vigilaba absolutamente nada de lo que había confiado al soñador, porque “el Señor estaba con él” y hacía prosperar todo lo que él realizaba. «El soñador» parece dejar definitivamente ese “rol” para convertirse en un buen administrador. Sabemos en qué consiste administrar. Dar a cada uno lo que necesita ¡no necesariamente “lo que pide”!

José no ha sido recompensado hasta ahora según justicia. Ha conocido el odio de sus hermanos; luego -en casa de Putifar- han pagado mal su lealtad. No obstante, José era un hombre justo. Esa es la virtud por antonomasia en el Antiguo Testamento, que incluso adquiere las dimensiones de la “santidad”. Vale la pena detenernos en el sentido de la justicia de José.

Son célebres los principios fundamentales del Derecho atribuidos al jurista Ulpiano<sup>16</sup>: vivir honestamente, no dañar a nadie, dar a cada uno lo suyo (*honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*). Santo Tomás de Aquino es deudor de esta tradición romana clásica y afirma que justo es aquel que practica la justicia. Ahora bien “ser justo” no significa obrar según justicia de vez en cuando o en casos aislados. Cuando hablamos precisamente de la virtud de la justicia entendemos por ello la perpetua y constante voluntad de dar a cada uno lo suyo (“lo suyo” es “lo que le corresponde a cada uno” o “su derecho”). Por ello, una de las características principales de la justicia es la “alteridad”, es decir la presencia del “otro”. La justicia exige siempre una relación con el otro. Esta justicia “hacia otro” (*ad alterum*) es la manifestación por excelencia de la rectitud integral de la persona, que incluye todas sus relaciones con los demás, con el uso de las cosas y también consigo mismo. De allí su correspondencia con el sentido mismo de “santidad”.

---

<sup>16</sup> *Eneus Domitius Ulpianus* († Roma 228).



Pero volvamos a la historia del «soñador». Estando José encarcelado, son condenados a prisión dos funcionarios del Rey de Egipto: el panadero mayor y el copero mayor ¡los que aseguran al Faraón el pan y el vino cotidianos! Ambos, en el transcurso de la misma noche, han tenido un sueño, cada uno con su significado propio. Aparentemente José ha dejado de soñar hace tiempo (o al menos no se anima a contar a nadie sus sueños). Las experiencias que le han tocado vivir lo han devuelto a una dolorosa realidad: el desamor de sus hermanos, la mujer de Putifar, la cárcel... ¡tantas mentiras, acusaciones y denuncias!

José es un administrador. El administrar “para otros”, teniendo en cuenta “las necesidades de los otros”, hace que José también aprenda o descubra en esta etapa de su vida, aún en la cárcel, que los otros también se alegran y entristecen, sueñan, tienen pesadillas.

José es un prisionero, ha rumiado una y mil veces su historia, pero no se cierra en sus propios pensamientos, paralizado en un ensimismamiento estéril. Atento y contemplativo, compartiendo la misma cárcel, sólo él parece ser capaz de descubrir el rostro deprimido de los dos funcionarios del Faraón. Entonces les pregunta: *¿Por qué están hoy con la cara triste?* (Génesis 40, 7). No se trata de un reto de reprobación, sino más bien una constatación que -dentro de una cárcel- adquiere una cierta relevancia ¿podría uno acaso tener otra cara cuando está privado de la libertad? José ve más allá. Verdaderamente no hay pregunta más simple o cotidiana que esa: “¿Por qué tienes esa cara triste?”. Sin embargo ¡cuánta vida puede contener!

La vida fraterna se recrea cotidianamente con frases muy simples ¡preñadas de vida! Hay diálogos que comienzan de modos muy sencillos y nos llevan a una fecundidad inesperada. Conocemos la simple invitación de Jesús a la Samaritana al inicio de uno de los encuentros más bellos de todo el Evangelio: *Dame de beber* (Juan 4, 7). En otros pasajes, el Señor vuelve a sorprender con preguntas sencillas y profundas de significado. Al ciego de Jericó: *¿Qué quieres que haga por ti?* (Lucas 18, 41). A los discípulos del Bautista que lo siguen: *¿Qué quieren?* (Juan 1, 38). A sus propios discípulos: *¿Sobre qué estaban discutiendo?* (Marcos 9, 16); *¿De qué hablaban en el camino?* (Marcos 9, 33). A los peregrinos de Emaús: *¿Qué comentaban por el camino?* (Lucas 24, 17). A Judas y los que vienen a arrestarlo en el monte de los Olivos: *¿A quién buscan?* (Juan 18, 4). A María Magdalena: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* (Juan 20, 15). A través de estas preguntas el Señor nos invita a reconocer nuestros propios «sueños vocacionales».

Volvamos a la historia de José. Sus compañeros de prisión le confían: *Hemos tenido un sueño y aquí no hay nadie que lo interprete*. José reconoce humildemente: *la interpretación es obra de Dios: pero de todos modos cuéntenme lo que soñaron* (Génesis 40, 8). Este episodio en la vida de José me parece significativo. Él no es el único que tiene sueños. “Los otros” también tienen sus propios sueños (¡o pesadillas!). No basta, como en su juventud (¿en la nuestra?) pretender que los demás se detengan a escuchar nuestros sueños... Llega un momento en el cual es necesario descubrir no sólo la “existencia” y/o “presencia” de los hermanos y hermanas, sino también interesarnos por lo que les pasa. Es vital saber que los demás también tienen sueños y proyectos.

¡Qué importante es reconocer los sueños de los otros! Me refiero especialmente a los sueños de aquellos que viven o comparten con nosotros la misión. Los de todos aquellos que comparten nuestra vida de alguna u otra forma: colegas o compañeros de trabajo; los destinatarios de nuestra tarea evangelizadora; los que nos evangelizan. Pienso en los sueños de la gente; los sueños de aquellos que llamamos “el común de la gente” o “la gente común”. El círculo se va ampliando, es necesario conocer los rostros y los sueños de aquellos a quienes queremos servir. ¡Todos son nuestros hermanos y hermanas!

Es verdad, “interpretar” es obra de Dios, pero sabemos que Él quiere que seamos sus instrumentos. Entender, comprender, contemplar lo que les pasa a los hermanos (sus sueños, expectativas,

ilusiones, miedos, angustias), exige de nuestra parte silencio y paciencia (paz y ciencia); escucha y atención; prudencia y docilidad; sentido del misterio, de lo sagrado, en la vida de los demás.

La prudencia es la principal de las virtudes morales pues es guía y maestra. Pero para ser prudentes es importante ser dóciles. La docilidad (*docilitas*), es parte de la virtud de la prudencia, no consiste tanto en aceptar lo que otro nos dice como en el “saber-dejarse-decir-algo”<sup>17</sup>.

Conocemos lo que pasó con José. «El soñador» de un tiempo interpreta ahora los sueños de sus compañeros de suerte (para uno un sueño y volver a vivir; para el otro una pesadilla y la muerte). Los vaticinios se cumplieron. José le pidió al copero que no se olvidara de él cuando saliera de la cárcel... pero éste se olvidó (cómo fácilmente se olvidan los sueños). Una vez más José sufre en carne propia el olvido de los demás.

En nuestra vida comunitaria, parroquial, eclesial sufrimos también dificultades diversas; son experiencias de libertad limitada por distintas circunstancias de la vida: determinadas tareas, trabajos, ocupaciones, enfermedades físicas, psicológicas o del espíritu, incomprensiones, malentendidos, etc.

A la luz de la difícil experiencia de José podemos contemplar nuestras propias actitudes y su relación con los hermanos. José, en efecto, es un hermano, como nosotros. Ante sus dificultades, José no **se hace la víctima** lamiendo sus propias heridas. ¿Por qué solemos acusar siempre a los demás de todo lo que nos ocurre como si los otros solamente fueran los responsables o culpables de nuestra suerte? José tampoco alimenta un **sentido trágico de la vida**. En muchas ocasiones agotamos y agostamos nuestra fraternidad rumiando interminables y estériles lamentaciones como “¡Esta vida no tiene sentido!”, “¡Aquí no pasa nada!” o “¿Acaso no se los había dicho?”. Parecemos **profetas de calamidades**, más interesados en tener razón que en lo que pueda o no realmente pasar. José no reduce las dificultades que está atravesando a **una cuestión de “culpas” (propias y/o ajenas)** o “culpables”. ¿No solemos echarnos la culpa de todo quizás buscando tortuosamente la cómplice lástima de los demás? ¿No pensamos que todo lo que nos pasa es por culpa de “alguien”? José no gesta en su corazón **resentimiento, rencor, revancha**. ¡Nos pasa cuando caemos en la tentación de imitar a Herodías, compañera de Herodes, exigiendo siempre en una bandeja la cabeza de supuestos enemigos, a quienes consideramos obstáculos del propio bienestar o felicidad! ¿No es triste incluso exhibir el propio dolor, la violencia física o psicológica, como recurso para presionar o aún castigar a la comunidad?<sup>18</sup> José no se pasa el día **apelando a las autoridades** para conmoverlas por lo que le pasa. A veces, además de pasarnos la vida mirándonos a nosotros mismos, pretendemos que los demás nos miren también. ¡Qué cómodo es instalarnos en el papel de “víctimas”! En definitiva, en la situación que le toca vivir, aparentemente sin salida, el hijo predilecto de Jacob no opta por un **auto-lesionismo para que todos le tengan lástima**. Él pone su confianza en Dios y se hace disponible a sus compañeros de destino ayudándolos en todo lo que sea posible. De ese modo Dios va purificando su corazón e inteligencia, su alma ¡su vida!

Nos pasa, quizás, que jugamos al escondite con los hermanos, con la vida, con Dios, ocultándonos detrás de diversos modos de auto conmiseración, auto compasión –o de auto suficiencia- más o menos disfrazados de humildad<sup>19</sup>. Poco a poco estas actitudes nos van alienando de todo (de la realidad) y de todos (de la comunión fraterna).

---

<sup>17</sup> Josef Pieper, *Las virtudes fundamentales* (Madrid 1980, Ed. RIALP) 49.

<sup>18</sup> No es lo mismo quejarnos por lo que nos molesta o duele que la corrección fraterna tal como nos lo enseña Jesús en el Evangelio (cf. Mt 7, 15; 18, 15-18). La corrección fraterna consiste en buscar –movidos por la caridad- no el castigo sino la enmienda de los hermanos. Santo Tomás la considera uno de los actos propios o efectos de la caridad (cf. II-II, q. 31, pról. y q. 33).

<sup>19</sup> Cf. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de apertura de la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (2 de octubre, 2005).

La historia de José adquiere un dramatismo que parece ir *in crescendo*. ¡Resulta ahora que el Faraón también sueña! (pero los magos y sabios de Egipto no logran descifrar su significado). Entonces el olvidadizo copero mayor recuerda a José y «el soñador» es llamado a interpretar los sueños de la más grande autoridad en Egipto. José vuelve a insistir: *No soy yo sino Dios, el que dará al Faraón la respuesta conveniente* (Génesis 41, 16).

La vida de hermano, sin otra pretensión que eso: ser hermano, nos lleva a escuchar los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres y mujeres de hoy<sup>20</sup>. ¡Cuántos niños y jóvenes, mujeres y hombres, hermanos y hermanas tienen sueños para los suyos, sus familias, su pueblo, su tierra, su patria! El ministerio de la fraternidad exige escuchar, conocer e interpretar esos sueños. ¿Por qué a veces no creamos el espacio necesario para que nuestros hermanos, hermanas, puedan contarnos sus sueños? ¿Qué situaciones o actitudes lo dificultan?

El Faraón reconoce la prudencia y sabiduría de José y lo nombra Primer Ministro, poniéndolo al frente de todo el territorio de Egipto. José tenía treinta años. Podríamos decir que es un hombre maduro, puesto que es capaz de enseñar a otros y asumir múltiples funciones.

En esta etapa de su vida José ya no se deja llevar por los sueños de su adolescencia. Ya puede dar vuelta la página a una vida tormentosa o atormentada, una vida –hasta ahora- triste y amarga. El nombre que pone a sus dos hijos manifiesta ese deseo: *Manasés* (Dios me ha hecho olvidar por completo mis penas y la casa paterna) y *Efraín* (Dios me ha hecho fecundo en la tierra de mi aflicción).

El buen administrador es el hombre realista por excelencia; siembra y cosecha; recoge y distribuye; vigila y cuida; controla y gestiona; tasa y mide; paga y cobra. En el Evangelio, Jesús usa la imagen del administrador en varias parábolas –recordamos especialmente la de los talentos- para hablar de la fidelidad y fecundidad de una misión encomendada.

José es un hombre fiel, y lo manifiesta en su ministerio de administrador. Ha sido fiel en lo poco y lo será en lo mucho. Hasta este momento, estamos asistiendo a un final feliz y largamente esperado. Si en el Antiguo Testamento la bendición de Dios se manifestaba principalmente en la buena salud, la descendencia y la abundancia de bienes ¡entonces podemos decir que José finalmente es bendecido por Dios! José administra la riqueza de Egipto, ha formado una familia en la tierra que lo ha aceptado como su hijo adoptivo, es justo y sabio, teme a Dios. ¡Ahora sí podrá olvidar definitivamente su triste historia!

Pero –al menos en la Biblia- sabemos que no es siempre bueno “olvidar”. El pueblo, el hombre justo que sufre, el perseguido, piden a Dios: “no nos olvides”. Dios también pide a su pueblo que no olvide su Alianza y sus Mandamientos, su obra creadora, liberadora y salvadora. Es importante hacer / tener memoria. Sabemos el significado etimológico de recordar (*re*: volver / *cor-cordis*: corazón) y de “remember” (*re*: volver / *member*: organizar o unir lo que está suelto o –justamente- “desmembrado”). José debe recordar y volver a unir los pedazos sueltos de su historia, una historia ligada a la de sus hermanos.

Una vez terminados los años de abundancia- el pueblo sintió hambre y pedía a gritos al Faraón que le diera de comer. Éste respondió: *¡Vayan a ver a José y hagan lo que Él les diga!* (Génesis 41, 55). Son palabras semejantes a las que María dijo a los servidores en Caná de Galilea, ante una dificultad semejante: se ha acabado el vino en medio de una fiesta de bodas (Juan 2, 5).

---

<sup>20</sup> Cf. *Gaudium et Spes* 1.

### III. LOS SUEÑOS DE DIOS (Nuestra vocación)

De todas partes iban a Egipto a comprar cereales a José, porque el hambre assolaba toda la tierra. En su tierra natal, golpeada también por la sequía y el hambre, Jacob amonesta a sus hijos: *¿Por qué se quedan allí mirándose unos a otros?* (Génesis 42, 1). Él ha oído que en Egipto vendían cereales... por ello sentencia: *Vayan allí y compren algo para nosotros. Así podremos sobrevivir y no moriremos* (Génesis 42, 2). Conociendo a Jacob, podemos intuir de dónde le viene a José ese sentido práctico. Su padre ha sido siempre muy práctico (incluso se ha permitido hacer trampa muchas veces para salirse con la suya... aunque, en esto, José es diverso).

¿Podemos reducir nuestra vocación, el “ser todos hermanos”, a una cuestión de “supervivencia”? Dios quiere la vida ¡no quiere simplemente que “sobrevivamos”! Reflexionemos estas cosas imaginando nuestra presencia, misión evangelizadora y los destinatarios de esa tarea ¡todos aquellos que esperan de nosotros el pan partido de la Palabra y nuestro testimonio de vida! Cada vez es más evidente y profética la intuición de aquellos que -como tantos santos y santas- no han dudado en entregar su vida, gastándola y desgastándose por los demás (cf. 2ª Corintios 12, 15). Dios ama la vida y quiere que tengamos vida, y vida en abundancia (cf. Juan 10, 10). En la Navidad hacemos memoria del nacimiento del Salvador y en el Triduo Pascual hacemos memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Se trata de lo definitivamente nuevo.

Este tiempo de pandemia –que “esperamos” termine- puede alimentar en nosotros las meras expectativas humanas de una “nueva normalidad” (¿esperanza?, quizás sí, pero con minúsculas, para que todo vuelva a como era “antes”). En este sentido, limitaríamos el anuncio de Cristo a los milagros de la resurrección de la pequeña hija de Jairo, del hijo único de la viuda de Naím o del amigo Lázaro de Betania. Los tres ¡resucitaron a la “la vida de antes”! ¡pero han vuelto a morir! Soñamos con los tiempos idos y pretendemos que todo sea como era entonces, porque todo tiempo pasado fue mejor. Nuestra Esperanza está anclada en la Fe; ¡Fe en la Resurrección de Cristo y la nuestra! ¡Fe en la resurrección de la carne y en la vida eterna! (cf. 1ª Corintios 15).

José tenía plenos poderes sobre el país y distribuía raciones a toda la población. José es un hombre justo. Sabemos que además de la justicia “conmutativa” existe la justicia que es propia de aquel a quien se le ha dado cierta autoridad y llamamos “distributiva”. En efecto, quien tiene autoridad no pretende dar o exigir lo mismo a / de todos los que tiene a su cuidado. Reparte o distribuye, exige o pide, de un modo “proporcional” y no meramente “aritmético” ( $1 = 1$ ), según las obligaciones, capacidades, dificultades o necesidades del “otro”; según las circunstancias.

Hemos experimentado domésticamente la justicia distributiva cuando alguien distribuye los platos de comida a los comensales según las necesidades (o gustos) de cada uno sin que por ello pueda ser tachado de injusto. Así lo hemos visto este año que termina en los diversos servicios de caridad, cocinas populares, distribución de alimentos, etc. Se reparten o piden a las diversas personas lo que le corresponde (lo suyo) teniendo en cuenta una medida de justicia que es proporcional (según cada uno, sus capacidades, dificultades, necesidades, etc.) Eso no significa hacer acepción de personas (la parábola de los talentos vuelve a ser gráfica en este sentido). La vida fraterna, lo sabemos, no se construye solamente en base a una justicia conmutativa (aritmética) sino también de acuerdo a la justicia distributiva (geométrica o proporcional).

Por supuesto, es el amor misericordioso la raíz o el presupuesto teológico, el alma que da vida, anima y señala la finalidad última y sobrenatural de nuestra vocación. Ese amor perfecciona y supera la justicia, la funda y la supone<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Cf. *Summa Theologiae*, I, q. 21, aa. 3-4.

San Pablo nos enseña que la justicia de Dios se manifiesta en la justificación de todo aquel que cree en Jesús (cf. Romanos 3, 25-26). Esta revelación de la justicia divina que nos hace justos (*justicia justificante*), no sólo nos lleva a una visión más plena de las relaciones entre la justicia y la misericordia en Dios<sup>22</sup> sino que nos exige también un nuevo estilo de vida fraterna (cf. 1ª Corintios 13, 4-7; Santiago 2, 13).

La caridad va más allá de la justicia, pero nunca carece del sentido de justicia, que invita a dar al otro lo que es “suyo”, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. No puedo “dar” al otro de lo mío sin haberle dado en primer lugar lo que en justicia le corresponde. La caridad exige la justicia, la supera y la completa siguiendo la lógica de la entrega y del perdón<sup>23</sup>.

José es el administrador, un buen administrador. Ha llegado ahora, finalmente, a “tener todo bajo control”. Pero cuando todo parecía “OK” ¡He aquí que sus hermanos llegan a Egipto! Sin conocer la identidad de quien los recibe, ellos se postran ante él con el rostro en tierra. José, en cambio, los ha reconocido, pero los trata como si fuesen extraños... (Conocemos los detalles, por lo tanto, no me detendré en ellos).

La primera frase que en la Biblia el varón pronuncia frente a la mujer que Dios le dio como “ayuda adecuada” es: *¡Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos!* (Génesis 2, 23). Son palabras muy orientales, de la buena tradición hebrea usando imágenes físicas o materiales -carne y huesos- para describir realidades más profundas, espirituales: la complementariedad. Descubrimos en esas palabras, en contextos diferentes y a la vez semejantes, una profunda analogía. Podemos aplicarlas por ello a la fraternidad. José está frente a sus hermanos, ellos son carne de su carne, sangre de su sangre, astillas del mismo palo.

Cuando José pensaba dar definitivamente la espalda a su pasado (que había querido controlar como controlaba los bienes que administraba), se enfrenta cara a cara con sus hermanos, con su historia, con su propia vida. No podemos esconder bajo la alfombra o poner entre paréntesis los diversos aspectos de nuestra vida. A veces quisiéramos hacerlo, pero ya no seríamos seres humanos sino apariencia, como muñones o despojos de humanidad. De allí, repito, la importancia bíblica del “recuerdo” o “la memoria”.

José entonces *se acordó de los sueños que había tenido acerca de ellos...* (Génesis 42, 9). Entonces los trató con dureza y los puso a la prueba. A pesar de ello, al reconocerlos como sus propios hermanos, José comenzó –a pesar del dolor que provocó su presencia - a sanar su historia.

En este tiempo cercano a la Navidad, meditando en el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, solemos recordar la conocida frase de San Gregorio Nacianceno (329-391): *«Lo que no ha sido asumido, no ha sido curado»* (no ha sido sanado, redimido, salvado). Hemos aprendido a aplicar esta verdad cristológica también, de modo análogo, en ámbitos diversos y semejantes: nuestra vida anterior a diversas conversiones en el camino vocacional; en las comunidades de pertenencia y de servicio; en los más variados ministerios; lo aprendemos en la historia y en nuestra propia historia; en la vida cotidiana de nuestras capillas, parroquias, movimientos, escuelas, grupos. Es una constatación cotidiana que toca los más variados aspectos de nuestra vida: el físico y biológico; también el psicológico y sociológico; el moral y espiritual: **Lo que no se asume no se sana.**

En el momento en el cual «el soñador» seguramente prefería olvidar... la pregunta de Dios a Caín, volvió a exigir de José una nueva respuesta: *¿Dónde están tus hermanos?* Aquella pregunta de su juventud –proemio a una etapa dolorosa de su vida- vuelve a aparecer con renovado dramatismo: *Busco a mis hermanos, ¿puedes decirme dónde están...?* La respuesta de la providencia divina –que

---

<sup>22</sup> Cf. Santo Tomás de Aquino, *Scriptum super libros Sententiarum*, I, d. 43, q. 2, a. 2 ad 4.

<sup>23</sup> Cf. Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, n° 6.

nunca lo ha abandonado y que nunca ha abandonado a los suyos- convulsiona su corazón: ¡Allí están, frente a tus ojos! ¡A tu lado! Algo semejante nos sucede cuando miramos en torno y re-conocemos quiénes son nuestros hermanos. ¡Éste es mi hermano y hermana! ¡Estos son mis hermanos y hermanas! (y no el, la / los, las que imagino). No podemos pretender que ellos cambien para aceptarlos como tales y amarlos.

Cuando Dios interrogó a Caín por su hermano, éste –evitando responder la verdad- se escondió detrás de una evasiva: *¿Acaso soy el guardián de mi hermano?* (Génesis 4, 9). En Cristo, y desde la condición humana - vocación cristiana que nos ha convocado, ¡no podemos repetir esa respuesta! No somos “guardianes de nuestros hermanos” ¡somos nada más y nada menos que hermanos – hermanas de nuestros hermanos y hermanas!

Hay mucho que reconciliar en la familia de Jacob y de José (en nuestras familias y comunidades). Hace falta tiempo y espera, paciencia, para hacerlo. El Génesis nos invita a proceder por etapas. No es posible imponer un ritmo “empresarial” a la historia, al querer sanar las heridas personales y comunitarias... Éstas sólo se redimen a través de un ritmo eminentemente contemplativo.

El Papa Francisco insiste siempre en aquellos principios que nos ofrece para avanzar en la construcción de un pueblo en paz, justicia y fraternidad, armonizando las diferencias en un proyecto ¡un «sueño» común!: ***El tiempo es superior al espacio; la unidad prevalece sobre el conflicto; La realidad es más importante que la idea; El todo es superior a la parte***<sup>24</sup>.

En este sentido, reconocemos estos caminos en la continuación y epílogo de la historia de José y sus hermanos: la vuelta de éstos a Canaán; el segundo viaje a Egipto con Benjamín; un nuevo encuentro con José; la última prueba de José a sus hermanos; la intervención de Judá en favor de Benjamín; etc.

Vayamos al desenlace. José ya no pudo contener su emoción y dice a los suyos: “*Yo soy José*” ... “*Acérquense un poco más*” y cuando ellos se acercaron, añadió “*Sí, yo soy José, el hermano de ustedes, el mismo que vendieron a los egipcios*” ... Después besó a todos sus hermanos y lloró mientras los abrazaba. Sólo entonces, sus hermanos atinaron a hablar con él (Génesis 45, 3-4. 15).

Las lágrimas pueden purificar la mirada del corazón. A través de este verdadero *tsunami* afectivo, habiendo pasado 15 años desde aquel terrible episodio -cuando fuera vendido por sus hermanos- José puede recapitular el sentido de toda su vida y de todo lo que ha pasado... Ha debido recorrer un largo y tortuoso camino para purificar, reconstruir y reconciliar su historia fraterna.

Sus palabras iluminan: *Ahora no se aflijan ni sientan remordimiento por haberme vendido. En realidad, ha sido Dios el que me envió delante de ustedes para preservarles la vida. Hizo que yo les precediera para dejarles un resto de tierra y salvarles la vida librándolos de una manera extraordinaria... Ha sido Dios y no ustedes el que me envió aquí...* (Génesis 45, 5-8). Esta reacción no es simplemente fruto de emociones pasajeras. Tiempo después, al ver que su padre Jacob había muerto, los hermanos de José se dijeron: “*¿Y si José nos guarda rencor y nos devuelve todo el mal que le hicimos?*”. Frente a él se postraron y dijeron: “*Aquí nos tienes: somos tus esclavos*”. Pero José respondió: “*No tengan miedo. ¿Acaso yo puedo hacer las veces de Dios? El designio de Dios ha transformado en bien el mal que ustedes pensaron hacerme, a fin de cumplir lo que hoy se realiza: salvar la vida de un pueblo numeroso. Por eso no teman, yo velaré por ustedes y por las personas que están a su cargo*” y ***los consoló, hablándoles al corazón*** (Génesis 50, 15. 18-20).

José, «el soñador», tuvo dificultades con sus hermanos cuando quiso darles a conocer sus sueños. Eso marcó su vida. Pero la misma vida, poco a poco, le hizo reconocer, descubrir, que también los demás tienen sueños. Desde esa experiencia ha escuchado los sueños ajenos e incluso ha querido –en

---

<sup>24</sup> *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013) nn. 221 – 237.

nombre de Dios- interpretarlos. Pero no imaginó que al abrirse a esa posibilidad (sentir como propias las necesidades ajenas, escuchar pacientemente a los demás y hacer lugar a los demás en su corazón) Dios le estaba dando a conocer sus propios sueños - ¡son sueños de salvación y liberación! - para él, para sus hermanos, para su pueblo.

El Salmo 105 (104) 16 - 22 canta la síntesis providencial de esta historia vocacional ¡sueño de Dios para José!:

*Él provocó una gran sequía en el país  
y agotó todas las provisiones.  
Pero antes envió a un hombre,  
a José, que fue vendido como esclavo:  
le ataron los pies con grillos  
y el hierro oprimió su garganta,  
hasta que se cumplió lo que él predijo,  
y la palabra del Señor lo acreditó.  
El rey ordenó que lo soltaran,  
el soberano de pueblos lo puso en libertad;  
lo nombró señor de su palacio  
y administrador de todos sus bienes,  
con pleno poder para instruir a los príncipes  
y enseñar sabiduría a los ancianos.*

Si **nuestros sueños** manifiestan los propios proyectos, ilusiones, ideales... escuchar **los sueños de los demás** puede abrirnos el corazón a los proyectos, ilusiones, ideales y expectativas de los otros... ¡Pero **los sueños de Dios** para cada uno de nosotros y para todos los hermanos señalan el sentido más profundo de nuestra vida, de nuestra vocación! ¿Acaso la propia vocación no es la expresión concreta de los sueños que Dios tiene para cada uno y para todos? **El “sueño” de Dios para cada uno de nosotros es nuestra vocación.** Son nuestros hermanos quienes nos lo recuerdan. Cuando Dios nos revela sus sueños (como lo hará también con José –prometido de María- cuando el carpintero decidió repudiarla en secreto) nos da a conocer un camino vocacional que supera todo lo que pudimos desear o pensar para nosotros y para los demás; todo lo que los demás podían soñar para nosotros... (cf. Isaías 55, 8).

La historia de José termina – ¿podía ser de otra manera? - con un último “sueño” (entendido ahora como “revelación”): *Finalmente José dijo a sus hermanos: “Yo estoy a punto de morir, pero Dios los visitará y los llevará de este país a la tierra que prometió con un juramento a Abraham, Isaac y a Jacob”* (Génesis 50, 24). Es el preludio a la historia vocacional de un pueblo, ya no solo de la familia de Jacob, que tendrá su culminación en la misión del Hijo predilecto quien, buscando también a sus hermanos, será vendido por algunas monedas y se convertirá en principio de vida nueva a través de su muerte y su resurrección.

Nuestras vidas y la vida de nuestras comunidades locales, diocesanas, la vida de toda la Iglesia, también necesitan un camino de reconciliación. No se trata de lograr por arte de magia un final feliz. La reconciliación exige “ponerse en lugar del otro” (cf. Génesis 44, 33). Esto es lo que los hermanos aprendemos a través de una pedagogía nada fácil. Para ello hay que aprender a leer la propia historia, las de nuestras comunidades, y descubrir el modo como la Providencia ha obrado y obra en nosotros, con paciencia, humildad y perseverancia.

## «*Todo hombre es mi hermano*»

San Pablo VI<sup>25</sup>

José es el prototipo del hombre justo, del prudente, del sabio. Un verdadero hermano. Ya hemos hablado de la justicia. La prudencia es la virtud de la razón práctica que relaciona los principios del obrar moral con la realidad tal como se presenta aquí y ahora. La sabiduría principalmente consiste en distinguir entre tantas cosas qué es lo principal, lo necesario y qué es lo accesorio y secundario. Qué es lo sustancial y qué lo accidental.

Hemos leído la vida y misión de José de un modo nuevo. Él no ha querido centrar en sí toda su historia. Desde esta perspectiva podremos comprender la profecía de Isaías: *No se acuerden de las cosas pasadas, no piensen en las cosas antiguas; yo estoy por hacer algo nuevo; ya está germinando ¿no se dan cuenta?* (43, 18-19) ... porque *Yo hago nuevas todas las cosas* (Apocalipsis 21, 5)

Esta historia de fraternidad, de gozos y esperanzas trenzados con dolor y angustia, nos ayuda a comprender a la luz del Evangelio qué significa vivir la Navidad. En España, en estas fechas, también suele desearse: “Muy felices Pascuas de Navidad” aplicando la palabra “Pascua” para todas las grandes fiestas cristianas. Este es el sentido más clásico de la Pascua que significa “paso”. Cristo, nuestra Pascua -paso de la muerte a la Vida- ha nacido ¡Él es el Salvador, es el Mesías, el Señor!

No podemos pretender volver a lo de antes, volver a vivir como antes, volver a “la normalidad” como por un mágico encanto. En la historia de José, todos los hermanos han madurado, han aprendido, en un sentido muy concreto y a través de no pocos sufrimientos, a amar. La vida de cada uno estaba ligada misteriosamente a la de los demás (y todos han recibido la vida del mismo padre). A lo largo de las vicisitudes de la vida descubrieron el amor del padre que los hizo hermanos. No hay hermandad sin filiación. El encuentro de los hermanos, con José, en torno a su padre Jacob, después de tantas incomprendiones, celos y envidias, abrió el horizonte de la revelación a algo mucho más grande que a una mera paz “doméstica”. La fraternidad es un don que conlleva (convoca) a una misión universal: ellos formarán un pueblo, el pueblo elegido.

Estas páginas del Génesis nos ayudan a renovar nuestro compromiso evangélico: la fraternidad construida a través de palabras de gracia y verdad, escucha y misericordia. Sabemos por experiencia que nuestras palabras pueden herir o destruir a los hermanos ¡Pero también pueden despertar lo más noble que hay en nosotros creando infinitas posibilidades de vida! Como las que José pronunció a sus hermanos a quienes *consoló, hablándoles al corazón* (Génesis 50, 21 b).

La historia de José nos enseña que Dios no es sordo a lo que le decimos. José también ha aprendido a escuchar, aún en situaciones difíciles, como la prisión. Conocemos la íntima relación entre “escuchar” (*audire*) y “obedecer” (*obædire*). El Señor ha sembrado en nuestros corazones la capacidad de escuchar. ¡Cuántos dramas humanos, familiares o comunitarios surgen o crecen a partir de la falta de escucha! Por eso en nuestras comunidades solemos reunirnos para escuchar juntos la voz de Dios (oración comunitaria) y profundizarla a través de las voces de los hermanos (diversas reuniones comunitarias). También comunitariamente celebramos los sacramentos (la escucha hecha ofrenda y acción de gracias comunitaria). Finalmente escuchamos a quienes comparten nuestra misión evangelizadora y a los destinatarios de la misma (misión comunitaria).

José, al ver a sus hermanos hambrientos en Egipto, comprende finalmente que el designio de Dios ha transformado en bien el mal que ellos habían pensado hacerle. Abriendo José su corazón a los sueños de los demás, Dios le dio a conocer sus propios sueños. Sueños de Dios para él, para sus hermanos, para su pueblo. Por ello, a imagen de Dios, también José es misericordioso y perdona.

---

<sup>25</sup> Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1º de enero de 1971.



Concluyo –permítanmelo una vez más- volviendo a Santo Domingo de Guzmán en quien sus contemporáneos reconocían esas mismas entrañas de misericordia y compasión. El Beato Jordán de Sajonia, su sucesor y primer biógrafo lo retrata de alguna manera en el *Libellus: Todos cabían en la inmensa caridad de su corazón, y amándolos a todos, de todos era amado*<sup>26</sup>. ¿No es un bello proyecto de vida evangélico?

Que cada comunidad de nuestra diócesis sea en verdad «comunidad de hermanos y hermanas», donde unos y otros somos aceptados y acogidos mutuamente como miembros de un mismo cuerpo, distintos ciertamente por nuestra índole, dones, tareas, pero iguales en el vínculo del amor nacido en el Bautismo. Esto significa renovarnos en la mutua escucha; asociarnos en un amor más elevado por el don de la hermandad, dependiendo más estrechamente unos de otros por la sencillez y la pobreza ¡que nos hace descubrir que necesitamos unos de otros! En definitiva: queremos edificar primero en nuestras propias comunidades, en la diócesis, la Iglesia de Dios que, por el testimonio de nuestra vida y misión, hemos de extender por el mundo.

¿Podremos lograr alguna vez esta fraternidad – sororidad por nosotros mismos? Nuestra sociedad cada vez más globalizada nos hace quizás más cercanos, pero no necesariamente más hermanos - hermanas. En efecto, *la razón, por sí sola, es capaz de aceptar la igualdad entre los hombres y de establecer una convivencia cívica entre ellos, pero no consigue fundar la hermandad. Ésta nace de una vocación trascendente de Dios Padre, el primero que nos ha amado, y que nos ha enseñado mediante el Hijo lo que es la caridad fraterna*<sup>27</sup>.

Los cristianos somos hermanos en Cristo. Esta «perla preciosa», «tesoro escondido» del Evangelio es *pregón que alcanza a toda la tierra, lenguaje que llega hasta los límites del orbe* [cf. Salmo 19 (18), 5]. Que resplandezca como nuestra mejor alabanza, bendición y testimonio, porque «**TODO HOMBRE ES MI HERMANO**».

La Navidad nos invita a anunciar a todos los pueblos aquello que el Ángel dijo a los pastores: *No teman, les traemos una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy nos ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor* (cf. Lucas 2, 10-11). El Señor nos llama, nos convoca, nos “vocaciona”, para consolar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, hermanos y hermanas nuestros, hablándonos al corazón.

Los bendigo fraternalmente en Jesús, María -Señora de la Merced, Dulce Madre del pesebre- y San José, ¡también un «soñador»<sup>28</sup>! que amó a Jesús con corazón de verdadero padre.

El Señor nos regale, mis hermanos y hermanas, una Navidad Santa y un Año 2021 lleno de cosas verdaderas, buenas y bellas ¡Cosas de Dios!

 +   
Fray Carlos A. AZPIROZ COSTA OP  
Arzobispo de Bahía Blanca

<sup>26</sup> Cf. B. Jordanus, *Libellus de principiis Ordinis Prædicatorum* n. 107 [Ed. H. C. Scheeben, *MOPH* (1925) t. 16]

<sup>27</sup> Benedicto XVI, *Caritas in Veritate* (29 de junio de 2009) n° 19.

<sup>28</sup> Cf. Mateo 1,20; 2, 13. 19. 22.